
el día que Jacques Lacan adoptó a Gérard Haddad

Bajo el título *El día que Lacan me adoptó*, Gérard Haddad publicó un relato de lo que habría sido su análisis con Lacan¹. La contratapa ya anuncia a los potenciales lectores que ese relato es “casi una novela”. Esto no debería llamar al asombro, ya que algunos leyeron como novelas los casos que publicó Freud². Pero además de novela, la contratapa advierte de que se trata también de una “aventura”, dado que ese análisis transcurrió con el “controversial” Jacques Lacan. Sería entonces una “novela de aventuras”, pero no como aquellas de Jules Verne o de Robert Louis Stevenson. En un mundo reducido por la globalización, donde ya casi no quedan espacios inexplorados, la aventura de Gérard Haddad, vérselas con la angustia, con la desorientación en la vida, parece una aventura mucho más apta para llamar la atención del público. Con el agregado de que se trata del “testimonio” de un analista que hace público su

análisis. Para Haddad eso no sería algo frecuente: sólo Freud lo habría hecho antes. Aunque se podría objetar que Freud hubiera publicado su “análisis”, como también se podría encontrar un antecedente cierto: el análisis de Margaret Little con Winnicott³. Pero lo que se puede leer entre el título y la contratapa, es que todo está planteado como para que sea un *best-seller*. Incluso la cuestión de la adopción aparece ubicada de manera precisamente calculada: es la última frase del libro.

No faltará el suspicaz al que se le ocurra que esta “novela de aventuras” no es más que una inmensa “novela familiar”, donde un pobre neurótico defraudado por su padre, “ese /pequeño/ tirano doméstico”⁴, se imagina adoptado por uno de los príncipes del psicoanálisis⁵. Es que la mayor intensidad del libro se encuentra en la cuestión paterna. No parece casual que aparezca la fórmula *Haddad adoptado*

1 Gérard Haddad, *El día que Lacan me adoptó. Mi análisis con Lacan*, Letra Viva, Colección Testimonio, Buenos Aires, 2006.

2 Una frase del propio Freud sirve como epígrafe al libro: “Mis observaciones de enfermos se leen como novelas”, *Ibid.*, p. 9.

3 Hay otros relatos de análisis con Lacan, como el de François Weyergans, *Le Pitre*; el de Pierre Rey, *Una temporada con Lacan*; y el de Jean-Guy Godin, *Jacques Lacan, 5 rue de Lille*, pero no estamos inclinados a un estudio comparativo.

4 *Ibid.*, p. 177. En la versión en francés, *Le jour où Lacan m’a adopté*, Grasset, Biblio Essais, Paris, 2005, no aparece la palabra “pequeño”, agregada por el traductor. Contamos aquí con la lectura atenta de Françoise Ben Kemoun, no sólo en problemas de traducción, sino que el diálogo con ella fue orientador.

5 Considerar a Freud como “el padre del psicoanálisis”, es imagen recurrente. Pero además, para Haddad, Lacan estaba llamado a ser “un espíritu renovador /que/ despertara a la bella durmiente /el psicoanálisis/”. Sólo a un príncipe le cabe ese derecho. *Ibid.*, p. 274.





6 No le ahorraremos el trabajo al lector, pero al menos es necesario dar una muestra: "Me quejaba una vez más de mi padre, de su eterna incomprensión, de su despreocupación frente a mis dificultades, que podían ser de cualquier tipo ..." *Ibid.*, p. 82.

7 *Ibid.*, p. 177 y siguientes.

8 "el síndrome de Solal, esos celos espantosos organizados alrededor de la persona amada, celos que otorgan a quienes lo experimentan un irresistible deseo de muerte, un mal funesto que termina por deglutir a los dos amantes." *Ibid.*, p. 33. Este "síndrome", Haddad lo extrae de la novela *Bella del Señor* de Albert Cohen.

9 Haddad buscaba la clínica del Dr. Lacan, y de esa forma, casi impersonal, fue que se topó con el consultorio de Rue Lille, número 5. De todos modos no puede considerárselo tan ingenuo, ya que había leído antes *Cahiers pour l'analyse*. El "casualmente", bajo distintas modalidades, es un ingrediente básico para esta novela.

10 *Ibid.*, p. 83.

por Lacan, porque en esa defraudación paterna, otros como Sartre o Althusser, con quienes en algún momento él se encontró, también pudieron haberlo adoptado. La queja por la incomprensión paterna, la lucha con el padre, atraviesa el libro desde su comienzo⁶. Nacido en Túnez, Haddad transitó en la infancia una educación judía a la que aparentemente renunció, para tomar la bandera del militante comunista, para luego rehusar también a ella, buscando ser admitido bajo las insignias del psicoanálisis, y "reencontrarse", finalmente, con el judaísmo a través de su propia paternidad. Porque es con sus hijos que se precipita la cuestión religiosa, cuando su hijo mayor le reclama la *bar mitzva* influido por su propio padre, cuando descubre en la noche a su segundo hijo rezando de rodillas al Dios cristiano, catequizado por un compañero de clase. Es en ese drama, que Haddad retoma su camino judío, una operación-retorno que sólo habría sido posible con la aprobación de Lacan⁷.

Pero hay otro hilo clave en el libro: la locura. Curiosamente convencido en su adolescencia de que quería ser psicoanalista, conoce en Túnez a una joven alemana con la que establece una relación. Ella vuelve a su tierra, y poco después, Haddad emprende un viaje para

reencontrarla en Alemania. Pero el encuentro es devastador, porque ella se hallaba internada en un hospital psiquiátrico, por error o falta de espacio, entre los "locos más graves". Se produce entonces un viraje: ya no estudiará medicina como quería su padre, ya no será psicoanalista como creía que quería ser. Sigue la carrera de ingeniero agrónomo en Francia, se casa apresuradamente a causa de un embarazo, trabaja en África logrando notables resultados en el cultivo del arroz. Pero sufre de lo que él llama "el síndrome de Solal"⁸ y emprende un tratamiento gratuito en un hospital. Desconforme con ese tratamiento, lo deja para encontrarse "casualmente" con Lacan⁹. Y fue precisamente en una sesión con Lacan donde se le hizo claro que estaba aterrado por la locura¹⁰. Es en su análisis, que se produce para su vida otra operación-retorno: estudiar medicina y psiquiatría, la "puerta grande" para hacerse psicoanalista.

Es con Lacan que las dos cosas se producen. Estas dos líneas le dan al libro una tensión alimentada por escenas notables. Una de ellas ocurre pocos días antes de los temibles exámenes de medicina llamados "las clínicas". Habiendo discutido con su mujer a la noche, en su sesión a la mañana siguiente,

hablando del insomnio que había padecido, Haddad dijo: “Pasé una noche de aquellas”, y Lacan, “como arrancado de una somnolencia”, dice: “-¿Qué? ¿Cómo? ¿Tiene leucemia?” Hay en este diálogo un malentendido que no fue indicado en la traducción, producto de la homofonía en francés presente en el diálogo: “-J’ai passé une de ces nuits!” y “-Quoi? Comment? Vous avez la leucemie.”¹¹ Haddad tiene la convicción absoluta tener la leucemia como tema para el examen, y se dedica febrilmente a estudiar hematología. Pero llegado al examen, cree que lo han seleccionado para el servicio de reanimación, hasta que alguien le hace ver su equívoco: tenía que rendir su examen en hematología. Y la enferma que le presentan, él sabe inmediatamente que *tiene leucemia* y pasa el trance con buenas calificaciones. Para Haddad se trató de magia, y se lo dice a Lacan, pero le escucha decir que se trató de “lógica pura”. Esa “lógica pura” podría tener que ver con la sangre de su herencia, su judaísmo relegado, pero para Haddad se trató de magia, y continúa su camino. Ya no es sólo el análisis con Lacan, sino también los seminarios de Lacan. Allí relata otra escena formidable:

Al mediodía, un encargado abrió la puerta. Se produjo entonces un increíble revuelo, que asemejaba a una jugada de rugby y a una pelea callejera. Incluso se intercambiaron algunos golpes. Seguí el movimiento, aplastado, empujando, creyendo participar de un rito psicoanalítico concerniente a la afirmación del deseo.¹²

Haddad logró presenciar el seminario desde un buen lugar, pero a costa de una nunca diagnosticada fractura de tobillo, y resistiendo a las amenazas de alguien que quería romperle la cara por haber ocupado un lugar que estaba “reservado”. Asistir por primera vez a una sesión de seminario, implicó participar de una situación que bien podría pasar por un estudio etnológico, si no fuera por la sorda insistencia de la religión: “Dejé el anfiteatro cojeando, ya que el dolor en el tobillo no cesaba. Así como mi antepasado Jacob, llevaba conmigo esta cojera como huella de mi combate.”¹³ Es así que Haddad se acerca a los alrededores de Lacan, a la presencia de Miller, al ejercicio de poder asimilado a la lógica de la mafia. Pero la “lógica pura” de la sangre continúa produciendo efectos, incluso al toparse con los círculos de poder de la Escuela Freudiana de París. Cuando Charles Melman, analista de su esposa, se opone a que ella se convierta al judaísmo,



11 *Ibid.*, p. 213 a 215. En ambos casos, el énfasis que marca la homofonía es de Haddad. En *Le jour...* página 324.

12 *Ibid.*, p. 103.

13 *Ibid.*, p. 104.

Haddad le anuncia a su esposa: “Es inadmisibles que continúes tu análisis con Melman. El no cumplió con su función.”¹⁴ No hay detención posible.

EL RETRASO

Mucho del vértigo que trasmite el libro se relaciona con la sensación de retraso que fabrica Haddad. Si el temor a la locura lo alejó del psicoanálisis, si el conflicto con su padre lo apartó del judaísmo, a los veintinueve años, luego de tener una profesión, esposa e hijos, el “casual” encuentro con Lacan le abre la vía para retomar aquello que habría sido su deseo, su identidad, su sangre, todo aquello que en su huída, se le había extraviado. Esa vorágine de retraso atrapa al lector. Y es por el retraso que Haddad no se detiene. Deja de lado su trabajo para asistir a sus sesiones, o para darse tiempo para estudiar medicina. Tampoco se detiene frente a los gastos que le implicaban sus nuevas decisiones. Vende su casa para comprar otra de menor valor, y hacerse de ese modo un pequeño fondo que le permita continuar. Más tarde vende su nuevo apartamento para recomponer sus recursos, y terminar alquilando ese sitio que había sido suyo. Todo eso

podría ser resumido en una consigna que el propio Haddad escribe en su libro, y que asustará a cualquier bienpensante:

Lo mejor que puede acontecer a un ser humano son los destrozos de su existencia.¹⁵

La transferencia de Haddad con Lacan seguramente generará espanto en algunos. Pero, ¿cómo podría cuestionarse la transferencia de alguien? ¿Qué podría decirse? Es más probable, como contrapartida, que puedan refutarse los ideales estoicos en los que se apoyarían las críticas a esa “alocada” transferencia. Lacan no hace nada para calmar a su analizante. No hay continentación, no hay buenos tratos, sólo sesiones mínimas y frenéticas. Y cuando el malestar se le presenta a Haddad del modo más dramático, para colmo, Lacan, simplemente lo confirma:

Al final de una sesión particularmente breve, experimento una angustia infinita. Me dispongo a ponerme el sobretodo, cuando de repente la idea de irme de esa manera me parece insoportable, imposible. Decido, por un impulso incontrolable, en vez de salir a la calle, volver a la sala de espera, manteniéndome parado, con una actitud amenazadora. Lacan ya había hecho pasar al paciente siguiente. Algunos minutos más tarde, se asoma a través de la otra

14 *Ibid.*, p. 180.

15 *Ibid.*, p. 34. Esta consigna se repite con variantes en la página 46. Claro que el término “existencia” podría dar lugar a sesudos debates.



puerta, siguiendo la ronda loca de sus consultas. Se percata de mi presencia.

–¿Qué quiere? –me pregunta, un tanto inquieto.

–¡Hablar con usted!

–Venga. ¿Qué pasa? –preguntó cuando ya estábamos en su consultorio, parados cerca de la puerta. Parecía irritado, fuera de sí. Entonces, yo largo estas palabras sin pensar:

–¡Me siento jodido? –le digo.

–Usted no se *siente* jodido, usted *está* jodido.

Y agregó en seguida:

–Lo veo mañana.¹⁶

Para Haddad, esa afirmación lo ubicaba del lado de la castración que afecta a cada ser humano. E incluso, tiempo después, llega a postular que una intervención de ese tipo hubiera “salvado” a Marilyn Monroe. En lugar de intentar levantarle la moral, cosa que muchos “psicoanalistas” habrían buscado diciéndole: “¡Usted es tan hermosa!”, “¡Usted es tan rica, tan inteligente!”... deberían haberle dicho: “¡Sí, en efecto, usted está jodida!”¹⁷ Empedrar el camino con buenas intenciones conduce al infierno, podría afirmar religiosamente Haddad. Y podría agregar, que es cometer una grosería desconocer que no sólo estamos hechos de la materia de los sueños, sino también de miserias y harapos. Pero, ¿qué concepción del psicoanálisis se fabrica mediante la aplicación de fórmulas que funcionan como verdades reveladas?

EL RETORNO

La forma en que se produce el retorno de Haddad al judaísmo tiene sus particularidades, como no podría ser de otro modo. Un lapsus de la edición argentina plantea una línea de tensión. Las páginas del capítulo *Mi conversión* aparecen encabezadas bajo el título *Mi conversión*. Lacan, analista de Haddad, en algún momento definió al análisis como lo que se dice en un análisis. Es decir, es una práctica de conversación, de charlotteo, que provoca efectos en la medida que alguien se deja llevar por el decir. ¿Por qué una consecuencia de su conversación con Lacan habría sido la conversión? ¿O acaso el relato de la conversión es pura conversación? El primer encuentro de Haddad con Lacan aparece marcado por una fulgurante visión:

–Instantáneamente, al acercarme a su consultorio, una visión insólita se presentó a mi mente. Estoy de pie con un respeto inmenso, todo mi ser reducido a una mirada, frente al velo del Santuario del Templo de Jerusalén, *ha-parokhet*, y sin que se exprese, está el deseo de contemplar más allá del velo, el contenido del Arca.¹⁸

Según Haddad:

Lacan se pone pálido, y su cuerpo se pone más rígido en su asiento. Me confunde esta acti-

16 *Ibid.*, p. 121. Esta historia aparece bajo el título de “Conversación de café entre dos analizantes” en las ocurrencias con Jacques Lacan que publicó Jean Allouch. Para Haddad, este relato fue deformado por ese “folleto malintencionado”. Lo curioso es que el comentario a pie de página de Allouch simplemente dice: “Transformación del afecto por una intervención simbólica.” Véase *213 ocurrencias con Jacques Lacan*, Jean Allouch, SITESA, México, 1992, página 38. Las diferencias entre uno y otro relato parecen concernir fundamentalmente al escenario, con lo que se hace evidente que Haddad, antes de publicar la ocurrencia en su libro, ya la había contado. A nuestro modo de ver, la diferencia esencial es que la colección de “ocurrencias con Jacques Lacan”, no fuerza a generar una imagen de Lacan, sino mas bien, a disolverla.

17 *Ibid.*, p. 122.

18 Op. cit., p. 64 y 65.



tud, y quiero disculparme:

–No tenía ninguna intención de decirle esto al venir a verlo. La idea se me impuso sin que me diera cuenta.

–Lo sé, y así como lo puede verificar, me ha conmovido.

Y luego agrega:

–Extrañamente empezará el análisis por el punto donde, en el mejor de los casos, puede llegar a su fin.¹⁹

¿Se tratará simplemente de una visión de un analizante años después de aquella visión? ¿Lacan habría cometido un error al marcar el inicio de un análisis por un fin supuesto? Para Haddad se produce la revelación de la importancia del judaísmo en su vida, de tal modo que la conversación analítica levantará el velo. Pero la conversión no se trató de “un fenómeno puramente intelectual”²⁰. Luego de escribir su tesis de psiquiatría sobre las fuentes talmúdicas del psicoanálisis, Haddad sigue concurriendo todos los domingos a la sinagoga de la calle Montevideo, para seguir su curso sobre el Talmud. Su esposa A., Antonietta, debió convertirse al judaísmo para poder realizar la *bar mitzva* de sus hijos. Pero esta conversión estuvo precedida por otra, considerada luego inválida, al casarse con Haddad. Si A., Antonietta, que era comunista y provenía de una familia italiana y católica, debió convertirse dos veces al juda-

ísmo, puede plantearse la duda sobre que tan olvidado y reprimido estaba el judaísmo en Haddad, y hasta dónde el vértigo del retraso conversivo podría ser un artificio literario. Pero los cambios se profundizan. Deja de ser la cocina europea la que se sirve en la mesa. Desde que comen ostras por última vez, una serie de comidas pasan a estar prohibidas, hasta seguir el más estricto régimen *casher*²¹. La conversión atraviesa a Haddad y su familia, aunque con efectos más “discretos” que los que provocó en Santa Teresa de Ávila. Que Haddad recurra a Santa Teresa de Ávila, hija de marranos, tiene como función darle aún más peso al fenómeno de la conversión, transformarla en una pieza explicativa, incluso, para la invención del psicoanálisis. El cambio que se produjo en Freud respecto al arte cuando conoció Italia, es llamado “conversión estética”. Y es a través de esa “conversión estética”, de un cambio de relación al otro, y al reencuentro con el “significante parental”, que Freud habría dado el paso a eso que se llama psicoanálisis²². En el cruce entre la “conversión estética” y la “conversión gastronómica”, Haddad elabora la hipótesis de que los pueblos se relacionan con la figura del padre a través del libro, que comen el libro para identificarse con el padre. El

19 *Ibid.* Para Haddad, se trató del “fantasma fundamental”, acontecimiento que se produce al final del análisis.

20 *Ibid.*, p. 191.

21 *Sic. Ibid.*, p. 191. “Convertido hacía mucho tiempo a la cocina europea o exótica, china o hindú se despertaba en mí la nostalgia de la comida judía...”

22 Esta sería la tesis del libro de Antonietta y Gérard Haddad, *Freud en Italie, psychanalyse du voyage*, Ed. Albin Michel, París, 1994, según “La conversion esthétique”, conferencia en Fontevraud, 21 de junio de 2003, publicada en la entrada Gérard Haddad de Wikipedia.

padre resulta representado por el Libro: Torá para los judíos, Evangelios para los cristianos, Corán para los musulmanes²³. Con el *nombre del padre* como único operador del psicoanálisis²⁴, ya no hay sólo una cercanía del psicoanálisis con la *Midrash*, sino también consonancia entre *Torá* y teoría. Todas estas elaboraciones de Haddad se vincularían con lo que habría sido el “hueso duro” de su relación con Lacan:

Es precisamente esta cuestión del padre, de su desaparición anhelada e insoportable, que constituía el hueso duro de mi relación con Lacan, de mi transferencia casi delirante. Si quise tanto a Lacan, es porque en el centro de su teoría y de su práctica clínica se encontraba este enigma de la paternidad y de la filiación, mi cruz personal, pasión y resurrección incluidas. Mi dramática relación con mi padre, de quien me separaban años luz de radical incompreensión, a pesar de que sentía un gran amor hacia él, fue el hilo conductor de mi análisis.²⁵

Ese lazo entre la paternidad y la transferencia a Lacan puede asociarse inmediatamente con el supuesto olvido de la religión. Sin quedarnos en esa obviedad psicológica, simplemente señalemos la presencia de los términos “cruz”, “pasión”, “resurrección”, de claro signo cristiano.

EL PROBLEMA DE LA VERDAD

Es necesario situar la interrogante mayor: ¿cómo es posible que un análisis conduzca a la religión? ¿Por qué esas operaciones de “lógica pura” lo condujeron a la constatación de que “el asunto principal de mi análisis, su revelación más importante, fue precisamente el descubrimiento del hecho religioso en el inconsciente.”²⁶? En ciertos momentos ser judío funciona como la “verdad profunda” de Haddad²⁷, pero el relato también muestra cuestiones que tienen que ver con la magia, con “sueños premonitorios”²⁸, con “fenómenos parapsicológicos”²⁹. Religión, magia, psicoanálisis, falta simplemente la ciencia para plantear el problema de la verdad de acuerdo a la vía que estableció Lacan en su artículo “La ciencia y la verdad”³⁰. Leer con este texto de Lacan podría ser una forma de desentrañar los juegos de verdad, de hacer una agrimensura de ese campo de verdad en el relato de Haddad. Eso permitiría reconocer que las líneas que separan y diferencian el psicoanálisis de la magia, de la religión, de la ciencia, también las unen, en tanto lo que importa es la relación sujeto-verdad. Al ponerse en juego en un psicoanálisis la relación sujeto-verdad, el estatuto de la verdad aparece cuestionado

23 Esta sería la hipótesis del libro de Haddad *Comer el libro*, según la entrevista de Nathalie de Senneville–Leenhardt, *Le psychanalyste n’est pas un théologien, mais...*, en Wikipedia.

24 *Ibid.*, p. 141.

25 Op. cit., p. 126. Françoise Ben Kemoun fue quien me indicó la importancia de este fragmento.

26 Op. cit., p. 231.

27 *Ibid.*, p. 166, sería uno de los tantos ejemplos que pueden encontrarse en el relato. Como también la idea de colocar la referencia judía en el centro del análisis, conforme la p.272.

28 *Ibid.*, p. 221.

29 *Ibid.*, p. 175.

30 J. Lacan, “La ciencia y la verdad” en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1995. De hecho para el psicoanálisis siempre está presente la ciencia como el marco que permitió que adviniera. La cuestión de la verdad no es ajena a una serie de malentendidos que no podemos tratar aquí. Sin embargo, cierto libro de Jean Allouch puede orientar de forma productiva al lector. Véase *El sexo de la verdad*, Cuadernos de Litoral, Córdoba, 1999.



en todas sus variantes. Pero ¿qué hizo que prevaleciera en Haddad la verdad de la religión? Esa verdad cuya vía de acceso es la hermenéutica, es decir, una verdad ya ahí, que debe ser revelada. Y que entre sus efectos conversivos, llega a incluir el ascetismo:

Para corroer la punta de esta agresividad, y desviar su trayectoria para convertirla en una vía fecunda, no había otra salida que exagerarla, y llevar el goce, que ella propicia, hasta el asco, como lo aconsejaba ya en el siglo XII el gran Maimónides.³¹

¿Acaso los católicos serían los únicos inanalizables³²? ¿Habría una diferencia tan radical entre el judaísmo y el catolicismo en lo que concierne al problema de la verdad? Si ambas preguntas son del mismo costal, es cuestión de volver a Lacan, analista de Haddad. Dar un ejemplo en este caso tiene su peso. Lacan ríe burlonamente en una sesión y Haddad se siente herido. Protesta en la sesión siguiente y Lacan le responde que el humor es una de las manifestaciones del inconsciente, haciendo referencia al libro de Freud *El chiste y su relación con el inconsciente*. Apenas Haddad sale de la sesión se compra el libro, y descubre que “era una maravillosa antología de humor judío”³³. Algunos podrán considerar que el sesgo por el que Haddad

escucha es distinto a las intenciones de Lacan. Pero tal vez sea más pertinente considerar que se trata de un caso donde se recibe del otro, el propio mensaje invertido. ¿De qué lado estaría la verdad? La cuestión de la verdad en juego en un análisis no puede revelarse con lo que Haddad dice haber escuchado de Clavreul:

—¡A Lacan se le hace decir lo que uno quiere!³⁴

¿Sería más ajustado que Haddad hubiera dicho lo que Lacan quería? En todo caso el problema de la verdad, en un análisis, está constituida por otras complejidades que no pueden reducirse a querer o no querer.

DEVENIR ANALISTA

Aunque Haddad anuncia en sus primeras páginas que siguió la vía de la confesión iniciada por J.-J. Rousseau, corresponde leer su texto teniendo en cuenta que Lacan propuso el dispositivo del pase para dar cuenta del pasaje de analizante a analista. Las críticas que Lacan hizo en el año 1956 a los llamados análisis didácticos, la expulsión en 1963 de la IPA, dan el telón de fondo a la propuesta del dispositivo del pase en 1967. Haddad se postuló para ese pasaje. Primero porque supuso que el pase le “per-



31 Este fragmento, seguramente descontextuado, lo tomamos como ejemplar. Op. cit., p. 124.

32 Lacan, en su seminario del 16 de marzo de 1976, afirmó: “¡un católico es inanalizable!”. Esta cuestión merecería mayores desarrollos que no podemos realizar aquí.

33 *Ibid.*, p. 83.

34 *Ibid.*, p. 247.

mitiría” la práctica de analista; luego esperó que el pase fuera una “legitimación”; y más tarde, considero que se trataba de una forma de apoyar a Lacan en tiempos de desfallecimiento. Hasta que el propio Lacan tuvo que poner fin al asunto³⁵. En el pase, el analizante que considera que llegó al fin de su recorrido, habla de su análisis con otros analizantes cercanos a ese punto, que luego transmitirán lo que allí recibieron a un jurado, el que en definitiva sanciona o no, el fin del análisis. El relato de Haddad, al hacer público su análisis, ¿puede considerarse como una variante de un pasaje por el pase? ¿Cuáles podrían llegar a ser las diferencias entre un testimonio en un dispositivo y un libro, o una charla en una mesa de café? ¿Qué es lo que da el estatuto de testimonio a eso que alguien recibe?

Haddad escribe que con el dispositivo del pase, “Lacan había abierto la *puerta* de acceso a la *profesión* de analista.”³⁶ Si Haddad escogió la vía de la medicina para llegar al oficio de analista, al plegar el psicoanálisis a la medicina, lo hacía a contrapelo de la búsqueda de Lacan. Porque si Lacan planteó la necesidad de explorar ese pasaje de analizante a analista, fue justamente para apartarlo de cualquier profesión. La forma en que Haddad

llega a señalar al pase, “embudo que lleva al analizante a abandonar su queja para ocupar su lugar de analista”³⁷ está marcada totalmente por la relación al padre, que aquí correspondería nombrar imaginario. Incluso fue la perspectiva de la muerte de Lacan la que generó el apuro por pasar por el pase. Tras el fracaso del pase, el relato de Haddad, ¿colocaría a los lectores del libro en el incómodo lugar de pasadores y jurados al mismo tiempo?³⁸ El final del libro, el sueño final, al menos da una solución que libera al lector de ese brete:

Lacan —era la primera vez que soñaba con él desde su muerte— estaba sentado en el borde de la cama grande que se transformaba en un sillón de varias plazas, un mueble impresionante que estaba en el dormitorio de mi casa, muy alto, estilo Luis XV, y que usábamos mi mujer y yo como cama matrimonial. Lacan parecía muy envejecido, y sus pies no llegaban a tocar el suelo. Gruesas lágrimas mojaban sus mejillas. Le preguntaba por la causa de su dolor. —Es porque no arreglé *todos* sus problemas —me contestó. Traté de tranquilizarlo, de reafirmarle mi afecto y gratitud. —Pero arregló unos cuantos. Entonces Lacan pronunció esta última frase perturbadora. ³⁹ —Usted es mi hijo adoptivo.

Seguramente no hay muchas diferencias entre arar en el desierto e interpretar un sueño fuera del dis-

35 “esta historia de Clavreul dela por concluida.” Clavreul era quien dirigía la cuestión del pase en la E. F. P. *Ibid.*, p. 248.

36 *Ibid.*, p. 138. El énfasis es nuestro. En *Le jour...*, el término es *métier* y no *profession*.

37 *Idem.*

38 Desde el inicio del libro está planteado ese vínculo: “Un día intenté, fuertemente alentado por Lacan, dar testimonio frente a mis pares de la experiencia que acababa de atravesar, que él llamaba el *pase*. No fui comprendido. Veinte años más tarde, hago al lector depositario de esta confesión.” p. 14.

39 *Ibid.*, p. 284. El énfasis es de Haddad.



positivo analítico. Pero no es posible dejar de notar que se trata de un Lacan desfalleciente, que luego de fallecido, retorna en sueños, para asegurarle a su analizante que resta una salida para *todos* los problemas: la adopción. Ese Lacan, envejecido, es un niño al que no le llegan los pies al suelo, sentado en la “cama grande” de Haddad y su mujer, llorando, que en vez de consolar necesita ser consolado. Haddad lo adopta como padre. Si la religión lo proveyó de una verdad revelada, la adopción lo instituye en una filiación construida, suplementaria al retorno religioso. Ambas serían formas de trato del desamparo que cada uno transita en su existencia. Y si bien la adopción no sería una mala figura para señalar que es el analizante el que hace analista al analista, lo curioso es que bajo el modo de la figura de la adopción, aunque sea en sueños, insiste la familiarización. Aún cuando Haddad critica el modo de transmisión que colocó al yerno de Lacan como heredero, aún cuando critica la lógica de la mafia con sus trazos familiares, aún cuando objeta las imitaciones que dan un aire de familia, al final del relato, recurre a una imaginaria familiarización como salida.

BIOGRAFÍA Y TÉCNICA

Pero, ¿qué puede enseñarnos Haddad con su extraordinario *reality-show*? Conviene considerar aquí un ingrediente clave del libro de Haddad. El relato puede parecer una forma de espiar el consultorio de Lacan, de saber de su práctica. Y no sólo por lo que dice Haddad sobre su análisis, sino porque el propio Haddad se considera un “testigo invisible de su trabajo clínico”⁴⁰, dado que muchas veces Lacan dejaba la puerta de su consultorio abierta. Él escuchó qué decía Lacan con otros pacientes. Seguramente para este asunto de la puerta abierta cada lector se sentirá dueño de encontrar una respuesta⁴¹. Lo dejamos con su respuesta, aunque tal vez pueda seguimos en lo que trataremos de avanzar, pasando por algunos de los trazos en los que Haddad dice sobre su análisis:

Lacan supo desencadenar, y luego acompañar, este mar de fondo, sin oponerse nunca pero conservando el marco preciso de la cura. ¿Cuántos analistas se hubieran atemorizado frente a semejante metamorfosis, y el riesgo de fracaso que implicaba?⁴².

Esas sesiones que duraban unos minutos, incluso a veces segundos, se transformaban a veces en relámpagos que conmocio-

170



n

á

c

a

t

e

40 *Ibid.*, p. 229 y 230.

41 Esta puerta abierta debe considerarse en relación con la supuesta norma técnica de que las puertas deben permanecer cerradas. Norma que, por otra parte, se correlaciona con la suposición de una vida privada. Dejar una puerta abierta puede tener entonces la dimensión de un acto que hace objeción a ciertas costumbres.

42 *Ibid.*, p.204.

naban la mediocre tranquilidad de mis pensamientos. En esos breves instantes, me esforzaba para confesar mi miseria cotidiana, mi relación conyugal, insoportable como consecuencia de un apego excesivo, mi conflicto incurable con mi padre, mis momentos de depresión, mi propia dificultad para ser padre.⁴³

Como contrapartida a estos elogios, Haddad intentó varias veces abandonar a Lacan. En una de esas oportunidades, recibió una respuesta que él calificó de inesperada:

Propuse a Conté que me tomara como paciente. Estaba harto de las sesiones que duraban algunos segundos, y me hubiera gustado tener a mi disposición aunque fuera media hora de sesión. Conté tuvo entonces estas palabras que me conmovieron por su sinceridad:
-No, vaya a verlo. Las cosas ocurrieron con él. No se puede cambiar de analista, sobre todo cuando las cosas llegaron a este punto.⁴⁴

La afirmación "las cosas ocurrieron con él" marca esa particularidad transferencial que no tiene recambio, que rehúsa la existencia de un tipo de técnica lo suficientemente establecida como para que pueda ser aplicada por cualquier otro, que se pueda sustituir a Lacan por un Conté. Vale decir, que cada analista no tendría más técnica que la que exige la particu-

laridad de cada experiencia. Es bastante tiempo después de ese malestar con Lacan, que Haddad llega a hablar de su análisis como un "homenaje al psicoanalista que fue Jacques Lacan, hombre admirable que una biografía malintencionada trató recientemente de pobre perro". Interesa aquí señalar que Haddad no separa la biografía de la llamada "técnica": "sus elecciones en la técnica psicoanalítica /que/ parecen a veces insostenibles y a algunos le resultaron escandalosas"⁴⁵. La particularidad de Haddad-analizante se hace presente en su versión de la biografía de su analista, construida a medida de la transferencia en juego.

En el relato de Haddad importa señalar ciertos rasgos, como la convicción de que varios de los virajes teóricos o políticos de Lacan tuvieron que ver con lo sucedía en su análisis⁴⁶; o la búsqueda de indicios de que Lacan estuviera interesado en el judaísmo, (fundamentalmente en la *Midrash* judía como método cercano al psicoanálisis); hasta la indagación de si Lacan leía o no hebreo⁴⁷; para finalmente conmovido, sorprenderse a sí mismo murmurando las primeras palabras del *kaddish*, cuando días después de enterrado Lacan, al con-

43 *Ibid.*, p. 207.

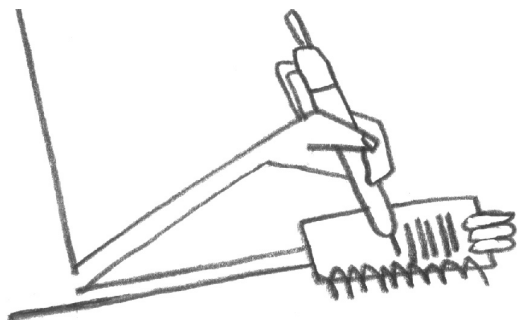
44 *Ibid.*, p. 223.

45 *Ibid.*, p. 14. Y a pie de página, Haddad se ocupa de señalar que cuando Lacan estaba vivo, Roudinesco tenía hacia él una actitud de "particular obsecuencia".

46 Y a la inversa, Haddad tomaba de lo que suponía de la vida de Lacan para operar. Al recibir la noticia de la muerte de Lacan, recuerda "la manera con que Lacan me recibió el día que perdió a su hija mayor, atropellada por un coche. Ese día estuvo aparentemente relajado, casi sonriente, mientras que un instante antes, según me lo confió Gloria, se había entregado al dolor. Traté de imitar ese espíritu estoico." ¿Lacan estoico? Con un "Lacan estoico" Haddad recibió a sus pacientes el día de la muerte de Lacan.

47 Así como también tener la certeza que Lacan había leído a Aimé Pallière, cristiano convertido al judaísmo, y a su maestro el rabino Elie Benamozegh. *Ibid.*, p. 234 a 236





templar su tumba, ve una ofrenda escrita en hebreo. Pero, ¿es que Lacan sabía hebreo? Tal vez lo que más importa es que el Lacan de Haddad sí lo sabía, así como para otros puede haber habido un Lacan católico, o un Lacan ateo. Entonces, ¿Lacan manipulador? Esto sería simplificar demasiado las cosas. Tal vez pueda situarse más precisamente la posición de Lacan considerando el vértigo de las sesiones marcadas por la polaridad retraso–apuro. Entonces podría hacerse claro que la posición de Lacan era de forzamiento, pero un forzamiento cuyo fin sería poner a prueba la religiosidad de Haddad. Eso daría otro tono a las expresiones de Conté que sorprendieron a Haddad: “cuando las cosas llegaron a este punto”.

¿Cuál es el punto al que llegó el análisis de Haddad si su salida quedó tan gravada por la religión? Si un análisis se sostiene en una demanda que hace alguien para hablar con alguien, no está garantizado un final tipo, ni religioso ni ateo. Pero un final queda marcado de manera particular, cuando el analista, en este caso Lacan, muere. Y aquí conjeturamos que Lacan murió antes del fin de análisis de Haddad. Porque cada analista no tiene más biografía que aquella que cada analizante cons-

truye en el devenir de un análisis. Esa biografía transferencial está destinada a alimentar las conversaciones de café, pero en todo caso, debería hacer lugar a la ignorancia absoluta al final de un análisis. Y a esto resiste totalmente el relato de Haddad.



José Assandri

